



Gerardo Diego (1896-1987)

Gerardo Diego supo alternar en su obra los metros, formas y temáticas de la poesía tradicional, con los avances vanguardistas más propios de la Generación del 27, entre los cuales destaca por su vertiente creacionista. Esta conjunción fue refrendada por el propio autor en la *Primera antología de sus versos*, en 1941: «Yo no soy responsable de que me atraigan simultáneamente el campo y la ciudad, la tradición y el futuro; de que me encante el arte nuevo y me extasíe el antiguo; de que me vuelva loco la retórica hecha, y me torne más loco el capricho de volver a hacérmela –nueva– para mi uso particular e intransferible...» (Diego, 1941: 15). Ya en su segundo poemario, *Imagen*, de 1921, alude a elementos medievales a partir de las referencias a los pintores Tiziano y Giorgione. Es, sin embargo, en *Versos humanos*, de 1924, el libro en el que más composiciones remiten al imaginario medieval. De ella es el famoso soneto «El ciprés de Silos», una composición en la que el poeta admira la majestuosidad del ciprés del Monasterio de Santo Domingo de Silos, cuya paz espiritual contrasta con la desazón del alma errante del sujeto lírico. También de este libro es «Cigüeña», que ubica la acción del poema en torno al Castillo de Calatañazor, y «Letrilla», que hace referencia a un castillo medieval y que ejemplifica a las claras la voluntad de unión de tradición y vanguardia «al encerrar imágenes creacionistas en moldes clásicos» (Navas Ocaña, 2010). El último poema de *Versos humanos* que alude al mundo medieval es «Brindis», en el que encontramos una referencia a Dante. Gerardo Diego dedicó varios libros a su tierra soriana. Es en la ampliación de *Soria. Galería de estampas y efusiones*, de 1928, cuando de nuevo aparece lo medieval, en su poema «Despedida» (con una evocación de la infancia entre las ruinas de un antiguo castillo) y en «Romance del Duero» (en el que describe las orillas del río, cuyo curso transcurre entre elementos arquitectónicos que, en ocasiones, como las murallas, remiten a la Edad Media). Finalmente, «Soy de Oviedo. A la torre de la catedral», incluido en la antología *Lira bélica*, de José Sanz y Díaz (Jefe superior de la Administración del Ministerio de Información y Turismo), parte de la descripción de la basílica para destacar la labor del general franquista Antonio Aranda en la defensa de la capital asturiana durante el Sitio de Oviedo (julio-octubre de 1936).

Apunte

Atardece.
Un oro veneciano
–Giorgione o Tiziano⁵⁶–
en el ambiente.

Más bellas y armoniosas
que nunca las mujeres.

Una música anida
en la casa de enfrente.

El paisaje se alarga
horizontalmente.

Como una mariposa,
el sol se posa
en mi frente.

(Imagen, 1922; extraído de Obras completas. Poesía I, 1996, p. 67)

El ciprés de Silos⁵⁷

A Ángel del Río

Enhiesto surtidor de sombra y sueño
que acongojas el cielo con tu lanza.
Chorro que a las estrellas casi alcanza
devanado a sí mismo en loco empeño.

Mástil de soledad, prodigio isleño,
flecha de fe, saeta de esperanza.
Hoy llegó a ti, riberas del Arlanza,
peregrina al azar, mi alma sin dueño.

56. Giogione Barbarelli da Castelfranco (1477-1510) y Tiziano Vecelli (1477/1490-1576) fueron dos pintores italianos de la Escuela Veneciana.

57. Se refiere al ciprés del Monasterio de Santo Domingo de Silos, la abadía benedictina ubicada en el municipio de Santo Domingo de Silos, cerca de las riberas del río Arlanza, de enorme relevancia para la historia de la literatura española, puesto que en su archivo se encontraron las *Glosas Silenses*, una de las primeras muestras de lengua romance peninsular.

Cuando te vi señoero, dulce, firme,
qué ansiedades sentí de diluirme
y ascender como tú, vuelto en cristales,

como tú, negra torre de arduos filos,
ejemplo de delirios verticales,
mudo ciprés en el fervor de Silos.

(*Versos humanos*, 1924;
extraído de *Obras completas. Poesía I*, 1996, p. 230)

Cigüeña

Cigüeña, vieja amiga de las ruinas,
la del pico de tabla y el vuelo campeador.
Cigüeña que custodias las glorias numantinas.
Cigüeña de las peñas de Calatañazor⁵⁸.

Amiga mía, yo te vi en un cuento,
alado laberinto sobre una sola huella,
y aplaudí contra el zorro tu astucia en el comento
del plato y la botella:

Yo soñaba contigo, roja y blanca
sobre el nido de leña;
o en el vuelo extendida –pico, cuello, ala y zanca–
pero tú no bajabas a mi ciudad costera.

Tú eras entonces milagrosa y buena,
hada madrina de los campanarios.
Cuando la nube amaga y la tormenta truena
guardabas del pedrisco los tesoros agrarios.

Ahora ya conozco tu apostura,
tu lento vuelo sesgo, tu paso señoril,
cigüeña de San Blas que nos augura
el luminoso abril⁵⁹.

58. El Castillo de Calatañazor es una fortaleza medieval cuyos orígenes se remontan al siglo XII y que está ubicado en la villa homónima de la actual provincia de Soria.

59. Intertextualidad con un refrán popular, que remite al retorno de las aves migratorias tras el final de los días más fríos del invierno: «Por San Blas, la cigüeña verás».

Y así siempre te busco cuando voy de camino
y detengo mi ruta para verte volar,
y te envidio, cigüeña, tu bifronte destino,
tus inquietudes nómadas, tu constancia de hogar.

Pero dime, ¿por qué a Soria no llegas?,
¿por qué adusta la excluyes de tu decoración?
Posa en ella tu casa. Tus alas aldeaniegas
humanicen la torre del Espino,
arrodeen la ermita cimera del Mirón.

Veriante los chocos al salir de la escuela
-lección flexible de tu vuelo a vela-.
Variante de mis ojos
-magisterio de estilo, aventura y tutela-.

En ti como en esfinge lentamente maduro
mis sentidos cordiales del burgo y la meseta,
e inscribo mi futuro
en tu perfil que todo lo interpreta.

Todo. También, mocitas, vuestros sueños devana.
Vuelto de espaldas teje recuerdos el poeta,
mientras hiláis vosotras el prudente mañana.
Que os vele el sosiego la esfinge castellana.

(Versos humanos, 1924;
extraído de *Obras completas. Poesía I*, 1996, p. 233-234)

Letrilla

Canta siempre y todavía
agua del Duero delgada.
En el recodo la umbría
te pule como a una espada,
camino del mar baldío.

*Tardes de hastío
junto a las márgenes del río.*

Arriba el castillo viejo
se va tornando teatral
del amarillo al bermejo,
del bermejo al cardenal.
Pronto morirá de frío.

*Tardes de hastío
junto a las márgenes del río.*

La tarde se queda yerta
entre las rocas macizas
Es más morada la huerta.
Más verdes las hortalizas.
Y más blanco el caserío.

*Tardes de hastío
junto a las márgenes del río.*

Cantaba la lavandera
de un amor que al viento duda.
Suda el árbol de madera.
El santo de piedra suda.
Y el sudor es el rocío.

*Tardes de hastío
junto a las márgenes del río.*

Noche ya. Atravieso el puente,
puente de color de harina,
entre el cristal del relente
y el halo de la neblina.
Vendrá otro tiempo mejor.

*Tardes de hastío
junto a las márgenes del río.*

(*Versos humanos*, 1924;
extraído de *Obras completas. Poesía I*, 1996, p. 239-240)

Brindis

A mis amigos de Santander que festejaron
mi nombramiento profesional.

Debiera hora deciros: «Amigos,
muchas gracias», y sentarme, pero sin ripios.
Permitidme que os lo diga en tono lírico,
en verso, sí, pero libre y de capricho.

Amigos:

dentro de unos días me veré rodeado de chicos,
de chicos torpes y listos,
y dóciles y ariscos,
a muchas leguas de este Santander mío,
en un pueblo antiguo,
tranquilo
y frío.

Y les hablaré de versos y de hemistiquios,
y del Dante, y de Shakespeare, y de Moratín (hijo),
y de pluscuamperfectos y de participios.
Y el uno bostezará y el otro me hará un guiño,
y otro, seguramente el más listo,
me pondrá un alias definitivo.
Y así pasarán cursos monótonos y prolijos.

Pero un día tendré un discípulo,
un verdadero discípulo,
y moldearé su alma de niño
y le haré hacerse nuevo y distinto,
distinto de mí y de todos: él mismo.
Y me guardará respeto y cariño.

Y ahora yo os digo:

amigos,

brindemos por ese niño,
por ese predilecto discípulo,
por que mis dedos rígidos
acierten a moldear su espíritu
y mi llama lírica prenda en su corazón virgíneo,
y por que siga su camino
intacto y limpio,
y por que este mi discípulo,

que immortalice mi nombre y mi apellido,
... sea el hijo,
el hijo
de uno de vosotros, amigos.

(*Versos humanos*, 1924;
extraído de *Obras completas. Poesía I*, 1996, p. 297-298)

Despedida

Para decir adiós a este paisaje,
al de estas tierras bien amadas,
he subido al castillo casi a oscuras
a sorprender la madrugada.

Por las dormidas calles, como aplausos
mis pasos limpios resonaban
en el silencio salpicado sólo
de golondrinas charlatanas.

Ya desde arriba era el perfil más puro
en la precisa lontananza,
y más sonoro el aire en su silencio
no traspasado de campanas.

Aun las leves espumas allá abajo
su parloteo refrenaban
y era más su sordo rumor eterno,
como de olas y resacas.

Con qué colores frescos y lavados
la tierra gris se barnizaba.
Qué perezosa y luminosamente
iba surgiendo la mañana.

Era un nuevo matiz a cada instante,
pájaros nuevos que cantaban,
hasta que el sol plantó en sus cumbres y torres
el oro nuevo de su lanza.

Las ventanas bañaron sus pupilas
en la naciente luz de gracia,
y en un largo y sonoro desperezo
se despertaron las campanas.

Quedose azul el cielo, verde y rosa
campiña, cerros y montañas,
la calle gris de plata, y la arboleda,
luz amarilla y sombra malva.

(Soria. *Galería de estampas y efusiones*, 1928;
extraído de *Obras completas. Poesía III*, 1996, pp. 412-413)

Romance del duero

Río Duero, río Duero,
nadie a acompañarte baja;
nadie se detiene a oír
tu eterna estrofa de agua.

Indiferente o cobarde,
la ciudad vuelve la espalda.
No quiere ver en tu espejo
su muralla desdentada.

Tú, viejo Duero, sonrías
entre tus barbas de plata,
moliendo con tus romances
las cosechas mal logradas.

Y entre los santos de piedra
y los álamos de magia
pasas llevando en tus ondas
palabras de amor, palabras.

Quién pudiera como tú,
a la vez quieto y en marcha,
cantar siempre el mismo verso
pero con distinta agua.

Río Duero, río Duero,
nadie a estar contigo baja,
ya nadie quiere atender
tu eterna estrofa olvidada,

sino los enamorados
que preguntan por sus almas
y siembran en tus espumas
palabras de amor, palabras.

(Soria. *Galería de estampas y efusiones*, 1928;
extraído de *Obras completas. Poesía III*, 1996, pp. 415-416)

Soy de Oviedo.

A la torre de la catedral⁶⁰

Nunca supe lo que es miedo
soy de Oviedo.

Aunque me ves sin diadema
y inútil mi flamenco enhiesto,
no supo arrancarme el gesto
esa metralla blasfema.

Ya mi estatura es emblema.
No quiero morir, no puedo.
Soy de Oviedo.

Porque el general Aranda⁶¹
me dijo: «Quieta, aquí estoy».

Que si me ordenara: «Anda»,
le respondiera «allá voy».

Y echara a andar por la banda
pasos de piedra y denuedo.

Soy de Oviedo.

¿Veis cómo trepa la hiedra,
una hiedra imaginaria,
por mi línea que fue piedra,
mi piedra que fue plegaria?

60. La Catedral de Oviedo, dedicada a San Salvador, es un edificio de estilo gótico cuya construcción debió comenzar a finales del siglo XIII y cuya torre fue construida ya en el siglo XVI.

61. Antonio Aranda Mata (1888-1979) fue un militar español sublevado en julio de 1936 tras el golpe de estado que destacó por dirigir la defensa de Oviedo durante el sitio de la ciudad entre el 19 de julio y el 17 de octubre de 1936.

Cómo crece, cómo medra.
Qué dulce y divino enredo.
Soy de Oviedo.
Contra el heroico Naranco⁶²
mi aguja en fe se dibuja,
y de nuevo al cielo puja
y en el cénit hace blanco.
Duélenme sienes y flanco,
pero en pie sigo y no cedo.
Soy de Oviedo.
Mi piedra sangra y no gime.
Torre soy y centinela.
Duerme, Oviedo, que te vela
madre de siglos sublime.
De tus hijos seré abuela.
Nunca supe lo que es miedo.

*(Lira bélica. Antología de los poetas y la guerra,
edición de José Sanz y Díaz, 1939, p. 126)*

62. El monte Naranco se ubica al noroeste de la actual Oviedo. En ella están las iglesias prerrománicas de Santa María del Naranco (que mandó construir Ramiro I y que fue terminada en torno al año 842) y San Miguel de Lillo (también mandada edificar por Ramiro I en fechas similares).